

## BORDEANDO VERDADES: PERMANENCIAS Y CAMBIOS A PARTIR DEL CASO PHILIPPE DE PIERA AULAGNIER<sup>1</sup>

Teresa Bolaños\*

Venía de escuchar las participaciones en una mesa sobre el poeta Martín Adán y resonó en mí, en esos momentos, cómo los poetas y artistas tienen un contacto privilegiado con los afectos, con el inconsciente, y un profundo conocimiento de nuestra humanidad. En las aperturas propias de los poetas había profundas coincidencias con pensamientos psicoanalíticos. Me llevó a aguzar mi escucha en ese sentido.

Fue así como me encontré con un poema de Fernando Pessoa, me pareció una feliz coincidencia de continuidad con lo que fuera mencionado en las intervenciones en dicho conversatorio. Es el poema *Ropa usada*. Aquí un fragmento:

Llega un momento en que es necesario  
abandonar las ropas usadas que ya tienen la forma de nuestro cuerpo  
y olvidar los caminos que nos llevan siempre a los mismos lugares.  
Es el momento de la travesía. Y, si no osamos emprenderla,  
nos habremos quedado para siempre al margen de nosotros mismos

Busqué el libro en el que aparecía el poema, era *El libro del desasosiego*<sup>2</sup>.

Nuevamente, una coincidencia: el desasosiego en el que nos encontramos. Desasosiego sinónimo de tribulación, congoja, tormento, dolor, inquietud, inseguridad que venimos viviendo todos en relación con la pandemia, y con la situación sociopolítica de nuestro país, y del mundo; en relación con nuestro trabajo analítico y, particularmente, a lo que nos convoca este momento: el paciente Philippe y el trabajo que Piera Aulagnier realizó con él<sup>3</sup>.

---

\* Psicoanalista en función didáctica de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). Miembro de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA). Exeditora de la *Revista Psicoanálisis* de la SPP. <teresabo@gmail.com>

1. Presentación en el Pre-Congreso del XVII Congreso de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Conversatorio "Bordeando verdades". 26 de noviembre, 2021.  
2. Pessoa, F. *El libro del desasosiego*.  
3. Aulagnier, P. (1984-2003). *El aprendizaje de historiador y el maestro-brujo. Del discurso identificante al discurso delirante*.

Antes de referirme al caso, quería señalar dos aspectos que tocan con fuerza al ejercicio de nuestra clínica hoy y nos demandan reflexión.

El primero de ellos, el encuadre: físicamente no estamos pudiendo ofrecer a nuestros pacientes las paredes protectoras de nuestros consultorios, el lugar habitual para encontrarnos con ellos, y nuestros pacientes ahora participan en la creación de ese encuadre físico. Están en sus casas o en otro sitio, deben procurarse un lugar apropiado para tener su sesión, cuidar las interferencias, interrupciones, etc. ¿Cómo abordamos este aspecto? ¿Cómo influye en el devenir de la sesión y del proceso en sí? Y de otro lado, la experiencia: pacientes y analistas, terapeutas, estamos viviendo una experiencia simultánea, simétrica: el desasosiego lo experimentan nuestros pacientes y nosotros mismos; estamos compartiendo una experiencia que nos toca, nos golpea, nos transforma, y, a la vez, nos obliga a repensar estos cambios, a usar nuestra creatividad y particularmente, desde nuestro lugar de analistas, se hace necesario resaltar la importancia del encuadre interno.

En segundo lugar, vivencias que nos permiten acercarnos a los bordes e intentar comprender situaciones y casos en los que se vive en esos bordes, como en la psicosis de Philippe, e intentar entradas y salidas creativas.

Piera Aulagnier nos cuenta que para construir la historia de Philippe, su paciente, recurre a cuatro fuentes: la del propio Philippe, una historia delirante, pero con sus verdades; la de los padres que, si bien señala no establecen causalidad ni conexiones, también trasluce verdades; la suya, ligada a sus hipótesis y construcciones teóricas, "para su uso personal" que se abre a otras posibles verdades y, finalmente, la que va bosquejando, construyendo conjuntamente con Philippe: una versión analítica, que busca verdades nuevas tomando en cuenta las otras versiones.

Y ahora también nosotros, en estos momentos, trataremos de construir juntos, conjugando nuestras miradas, nuestras historias, experiencias; nuestro bagaje teórico y curiosidad; nuestros desconocimientos e incertidumbres. *Bordeando verdades*.

Volviendo al poema de Pessoa, nos encontramos con una invitación a una travesía, a dejar los lugares conocidos, la ropa usada, a arriesgarnos y transitar por lo nuevo. Luego veremos que para los cambios es necesario también la permanencia, ciertos anclajes.

Aulagnier nos dice que la psicosis nos encuentra desarmados, y pienso que no solo porque nuestras herramientas, nuestros instrumentos son insuficientes: lo conocido no nos alcanza, se requiere creación para trabajar en los bordes. Sino, además, porque en el asunto de la psicosis necesitamos desarmarnos, exponernos a desintegraciones propias o a lo no integrado en nosotros mismos, analistas, terapeutas. Tal vez se trata de soportar nuestro propio desnudamiento.

¿Cómo se produce en el ejercicio de nuestra tarea, en palabras de Aulagnier, esta ligazón entre lo ya conocido de una teoría y lo todavía no-conocido a lo que nos enfrenta el discurso que escuchamos o los silencios que quieren ser oídos y reconocidos?

Nos recuerda que seremos eternos aprendices en nuestra práctica clínica, tolerando e intentando asimilar nuestros fracasos, procurando apertura y receptividad a lo que otros pueden aportarnos, al interior y exterior de nuestra disciplina. Las certidumbres, dice, pueden llevar al asesinato del pensamiento por alienación, a un dogma inmutable e intocable. Nos cuenta de su tendencia a relativizar todo discurso que pretenda decirle en qué consiste la verdad y la realidad.

A todo analista le es indispensable preservar esta alianza entre lo ya conocido y lo ignorado, entre lo ya sabido y los conocimientos nuevos. Tanto en nuestra práctica y teoría analítica, como en los conocimientos que provienen de otras corrientes y de otras disciplinas.

Pienso que en la manera de abordar y presentarnos este caso, los diferentes encuadres que plantea, primero institucionalizado, luego en el consultorio; su actitud cuestionadora; su posibilidad de reconocer errores (como si hubo apresuramiento en la decisión de un cambio de encuadre); el plantearnos hipótesis que, resalta, son para su uso personal; el darnos algunos alcances para trabajar con la psicosis (como no dejar de lado la individualidad y considerar que estamos ante una persona, y no ante un síntoma o una patología, que los sujetos no son intercambiables); su escucha que va más allá de las palabras; el rescatar al paciente y sus verdades innombrables; todo ello es evidencia de su gran sensibilidad, del respeto por la humanidad del paciente, de su honestidad, de su y ética y de sus significativos aportes.

Aulagnier se refiere a historias de silencios y furor que aparecen como no-historias que necesitan del trabajo analítico para historizarse, poder salir de un presente eterno y doloroso para establecer continuidad entre pasado y presente, y una esperanza en el futuro. Se trata de liberar al paciente para que pueda desarrollar proyectos identificatorios.

El yo y su discurso, dirá, se oponen al texto sin palabras del *ello*. El yo es el eterno aprendiz con construcciones más o menos frágiles; el *ello*, el maestro-brujo que, con total tranquilidad, repite una historia sin palabras que ningún discurso puede modificar.

Los dos discursos precisan de una alianza y complementariedad en la experiencia analítica que puedan permitir volver pensable, y por eso parcialmente modificable, la experiencia del yo con esa cosa ignota, el *ello*.

En el acápite *Philippe, o una infancia sin historia*, señala Aulagnier la importancia de entender el papel que desempeña el sufrimiento psíquico, allí donde a veces solo se ve la manifestación de agresividad, de un deseo de angustiar al

otro, de un rehusarse a todo acuerdo. Asimismo, cuestiona el carácter eterno de la patología, al considerarla orgánica o hereditaria. Puntualiza el respeto por la vida psíquica del paciente, por su intimidad; resalta la necesidad de establecer una relación privilegiada que permita ejercer nuestra función y proponer al sujeto una escucha que muestre que su discurso merece ser oído, y que si sus construcciones delirantes no pueden ser compartidas no es porque carezcan de sentido, sino porque ese sentido permanece oculto a los interlocutores.

Nos sitúa en el marco de sus encuentros con Philippe durante el año de trabajo, un año con dos tiempos. Uno primero de tres meses en una institución, un servicio hospitalario, en presencia de un grupo de terapeutas que la llevan a una exploración compartida y escuchada por otros, etapa que privilegia la escucha, que le permite recoger varias versiones y plantearse hipótesis que la lleven a comprender a Philippe y su demanda sin interpretarlo, ya que considera que no se dan las condiciones de intimidad necesarias para hacerlo, y un segundo tiempo en el consultorio, que le permite otra dinámica: ella sola con Philippe puede permitirse otro acercamiento y otras intervenciones y abrir la posibilidad a otro tipo de interlocución.

Desde el comienzo, en las primeras entrevistas, nos cuenta que siente que Philippe instaura un clima de confianza y simpatía al que ella es sensible; nos dice que ve a un sujeto que, con paciencia y convicción, trata de explicar y hacer que se entienda su versión de los hechos y que, aunque su discurso se centra casi enteramente en su experiencia delirante sin que se manifieste el menor asomo de crítica, las entrevistas la hacen pensar que hay dos sujetos que juntos se empeñan en descubrir las causas enigmáticas de la experiencia catastrófica vivida por uno de ellos.

Esto va a estar presente en su decisión de cambiar el encuadre. Modificación que le trajo dificultades y retrocesos iniciales y que la hicieron cuestionarse por si hubo un apresuramiento en su decisión. Ella se pregunta que, si Philippe construyó todo su sistema defensivo para evitar acordarse, para no saber, para no romper el pacto de una negación y mantener la idealización de una infancia pensada como perfecta, ella al invitarlo a poner en palabras, a pensar ese pasado vivido, al proponerle un trabajo de búsqueda como el único que pudiera prometer una solución para sus conflictos ¿no estaría repitiendo el poner un código sobre otro?

Su actitud de permanente cuestionamiento y apertura está presente en todo el proceso con Philippe y los otros casos que aborda.

Nos dice al respecto:

Fijando por medio de la escritura esas hipótesis de “uso personal” que me había formulado en la escucha de Philippe; anticipando la respuesta, aunque fuera hipotética, a algunas de las preguntas que su caso me planteaba, tuve el sentimiento de haber “solidificado” una versión que debe permanecer muy

flexible, en estado de interrogación, para que sea maleable a las modificaciones que le aportará el futuro desarrollo. Espero que, con el paso del tiempo, pueda recuperar un estado de cuestionamiento que es indispensable en un trabajo de construcción del que no me toca prever la forma que pudiere cobrar. (Aulagnier, 1985-2003 p. 149)

Finalmente, luego de las dificultades y retrocesos iniciales, el cambio de encuadre con Philippe le permitió poner en movimiento el proceso, se pudo dar un real encuentro que dio lugar a experiencias transformadoras.

En su intento de historizar la vida de Philippe, desde sus versiones hipotéticas, se refiere a *la historia infantil de la madre o el asesinato de un nacimiento* (p. 69). Lo narrado por esta madre sobre su propia niñez remite a la misma no-historia de Philippe: una infancia maravillosa sin la menor referencia a problemas, conflictos o placer.

No hay nexos entre el tiempo de la infancia y los otros tiempos. Se puede decir que se da muerte al tiempo de la primera infancia. No hay un antes ni un después, pasado y futuro están cristalizados, petrificados, nos dice que todo cuanto le pudo ocurrir a la madre o a su hijo, queda explicado de manera total y repetitiva y por eventos externos, hay una desconexión causal con lo vivido emocionalmente. Es una infancia sin historia.

Philippe y su madre ilustran, para Aulagnier, dos formas de deconstrucción que el adulto puede imponer a su trabajo de historización y reconstrucción del pasado infantil: dejar fuera el texto que el niño-historiador habría bosquejado, como lo hizo la madre, o reintegrarlo, pero al precio de una reconstrucción delirante, que es lo que sucede con Philippe.

Para poder dismantelar esta defensa hay que hacerlo de a pocos y apelando a la creación de un vínculo que promueva confianza; pudiendo soportar el no saber, lo gaseoso, lo no estructurado. Al respecto, aparece la posibilidad de robotizarnos, petrificarnos, como también lo dice Philippe en algún momento: *Todos somos robots*. (p. 111)

Se trata de tomar en cuenta la fragilidad de la estructura en el psicótico, una persona que puede quebrarse y que produce el delirio como defensa, que le sirve como una prótesis (pensemos en cierto anclaje) para no disolverse. Estamos ante la expresión de lo que no da más, bordes que pueden romperse.

Sigamos con Philippe: en su adolescencia, a los 18 años, luego de varias escapadas de su casa, Philippe tiene un grave accidente que lo sume en un coma durante tres meses, con un diagnóstico sin esperanzas. Philippe *renace* del accidente como consecuencia paradójica de un deseo de muerte: sale del coma al día siguiente que los padres habían firmado la donación de sus órganos, anticipando su muerte. *Cuando abrí los ojos vi mi nacimiento* (p. 97). Lo primero que vio fue a

su padre, quien lo llamaba mi conejito. Pero la madre transformará el despertar de Philippe en el comienzo de una historia, pero esta vez de una historia de furor. Antes del accidente, el silencio, no había lugar para la palabra; luego, el furor. Ella se lamenta con cólera el haber tenido que hacerse cargo de un adolescente que tuvo que aprender todo como un recién nacido. Se da una relación entre una madre y un hijo que aparece como un lactante nacido de un cuasi cadáver, un lactante monstruoso que habita en el cuerpo de un hombre de 18 años.

De ahí hacia adelante no hay mucha información, para los padres el accidente lo convirtió en un disminuido para siempre, antes según ellos no había problemas. Durante la infancia lo idílico, después desconexión de tiempos, sin historia. Es así como el brote que le ocurre a los 28 años y sus delirios, no tienen aparentemente una relación con lo vivido. Son esas conexiones que Aulagnier trata de encontrar.

Pensaba en la cordura que puede haber en la locura, en las verdades y realidades de los delirios, no fáciles de colegir. No una sino varias verdades. Cuántas verdades se traslucen en los delirios, cuántas denuncias de lo silenciado, cuántas protestas a pactos que no se deben quebrar, secretos familiares, negaciones masivas, desconexiones.

Se manifiesta la necesidad de establecer conexiones, causalidades, continuidades entre lo que se vivió en la infancia y lo que sucede posteriormente. Dejar de atribuir la locura al afuera, como con el accidente de Philippe. Ocurrieron otros accidentes psíquicos, tanto en su madre como en él mismo. Ambos fueron producto de un accidente, pero de otra naturaleza. Ambos nacieron sin ser esperados. Ambos tuvieron infancias difíciles y duras revestidas de idealización: infancias maravillosas. Todo lo demás silenciado.

No estamos ante una historia, sino ante partes de vida retaceadas e inconexas, cubiertas de teorías personales, inoculadas al estilo mantras: "no puedes saber", "hay que mantener el todo", "no puedes ser diferente", "no debes tener placer", "eres un inútil", "no deberías haber nacido", "tienes que expiar culpas", "tienes que sacrificarte".

Philippe siente que debe sacrificarse para que no se rompa la aparente unidad familiar, no traicionar el pacto de muerte. Cree que debe morir, va a hablar de voces que le exigían dar un salto atrás con su cabeza, no con su cuerpo, acción imposible en su literalidad. Pero podríamos pensar en dar un salto hacia atrás para recoger algo en que anclarse y recuperarse. Poder, por ejemplo, reconocer la corriente de afecto en la relación con ese padre que lo llama su conejito. Desear ser ese monito uistití querido por el padre como un hijo.

Pero esto implicaría un salto hacia atrás en la evolución y una procreación del padre sin la participación de la madre. Lo que en la madre podría ser la procreación sin la participación del padre; hay un fantasma de unidad e indiferenciación. Aulagnier piensa en un fantasma en el que la reproducción se hace por fisiparidad

(modo de reproducción asexual en el que el organismo se divide en dos partes), un fantasma que excluye toda creación de algo nuevo, todo sería un agregado al conjunto de los vivos en lugar de dar vida. Sería, reproducir lo mismo. No hay creación de a dos.

Me pareció particularmente interesante uno de los delirios de Philippe en su brote en Pucallpa: dice él que le abrían la cabeza, le sacaban sus recuerdos: *me abrieron la cabeza. Querían quitarme un secreto que estaba adentro* (p. 60). ¿Se referiría al pacto familiar de muerte, de silencio? ¿No sería, más bien, que aparecieron otros que cuestionaban su infancia maravillosa? Ante eso, era necesario la persistencia del pacto: *no me acuerdo de nada, he sido desintegrado*. (p. 60)

Me hizo pensar en los rompecabezas, el juego de armar con piezas. Para vivir, Philippe necesita esa ruptura, que *le abran la cabeza*, que deshagan un collage, que le quiebren lo que está cristalizado en su cabeza. Era necesario, de alguna manera, romper sus verdades inamovibles, jugar con las piezas, buscar otras, para armar su historia llena de silencios y vacíos. Él dice: *partí al Perú a asistir a una cita con la muerte. La muerte tiene una relación muy íntima con el amor (en las dos lenguas, francés y español) por eso han creído que estaba loco, ¿me han hecho pasar por loco* (p. 59). ¿Qué es lo que quiere matar? ¿Para olvidar el pacto y poder recordar tiene que morir algo en él?

*Los bretones*, (como él y su padre), dice, *brotan del árbol de la vida, es bien sabido que tienen cabeza de madera, son cabeza dura... no se les puede hacer creer cualquier cosa* (p. 59). Allí nos muestra su terrible lucha interna.

El psicótico, nos dice Aulagnier, encuentra su prueba de verdad en el retorno a su memoria de algo ya conocido, o de algo ya pensado que había sido excluido de ella. A Philippe las voces lo persiguen, lo condenan a muerte a causa de un saber secreto, que lleva en él mismo; la madre le prohíbe poseer el menor saber sobre la sexualidad, así como cualquier información sobre los episodios de depresión del padre, datos que hubieran podido volver menos angustiantes, más entendibles las desapariciones del padre.

Y esta angustia indecible aflora en sus recuerdos conservados con precisión, anclados en los 4-5 años, justamente cuando el padre comienza a tener sus depresiones, de lo cual no se habló nunca.

Vemos en sus recuerdos, a un niño que podía jugar, fantasear, y cómo las angustias de muerte transforman el juego en horror, el sueño en pesadilla.

- Acurrucado entre dos mitades de un colchón plegado como túnel o gruta (¿necesidad de sentirse cubierto, abrazado o en un útero que lo proteja y le permita nacer?) se sentía como en un túnel o gruta y llevaba un libro de imágenes, un día tuvo angustia espantosa ante la muerte, supo que era la muerte, la nada, el final de todo. Por eso se convirtió en

Satán el que espera el final del tiempo. Aun siente esa angustia. (en otro momento dirá Satán, el que no tiene padre).

- Enfermo a los 4 o 5 años, alucinaba olas enormes que venían del fondo de su cama y sumergían su rostro, tenía la certidumbre que iba a morir y esperaba en silencio que ocurriera.
- El juego alegre con un nido de grillos, se convierte en un momento en terror al ver salir del agujero una enorme araña negra peluda que lo aterrera, aun ahora al contarlo siente ese terror.

### Algunas preguntas

¿Podríamos ver las fugas de Philippe, antes del accidente, como el deseo de huir a ese proyecto de muerte, de no vida, sin posibilidad de una historia que se vivía en su casa? A los 28 años dice que va al encuentro con la muerte. ¿No es así como había vivido, medio muerto? *Yo no he visto mi nacimiento, siempre he querido ver mi nacimiento, quiero ver mi muerte* (p. 63). ¿Su nacimiento fue su muerte? ¿No serían esas fugas intentos fallidos de encontrarse con la vida? Pienso que el tratamiento con Aulagnier se presenta como un encuentro con la posibilidad de vivir.

Los tres meses en el hospital psiquiátrico, primera etapa del tratamiento, serían una repetición de los 3 meses del internamiento por su accidente en un hospital, y su posibilidad, en esa ocasión fallida, de tener ahora un nuevo nacimiento. Estaría ante un proyecto de vida y no de muerte. En la relación con Aulagnier estaría dándose ese nuevo nacimiento.

¿Por qué le es necesario un nuevo nacimiento? Porque él, como su madre, nacieron por accidente, no fueron esperados, nacieron como proyectos más de muerte que de vida. No fueron investidos. Se trata de ir a buscar la vida, una historia, un cuerpo investido, otra relación. Un cuerpo que pueda ser deseado y desear.

Philippe dice: *ando a metro cincuenta de la realidad, pero tengo conciencia que todo lo que nos rodea es solo fabricación. Somos marionetas, entidades electro-biológicas creadas inútilmente. Soy Adán y soy Satán el que no tiene padre.* (p. 63)

No obstante, visiblemente conmovido, habla de la foto de su padre y el monito uistití, que muere cuando Philippe tenía un año. Para Aulagnier fue muy importante apreciar la emoción de Philippe frente al recuerdo de la foto del padre y su monito.

Con respecto al rol de las identificaciones, Philippe parece no tener salida: está ese padre para quien es su conejito, pero es un padre deprimido, casi desahuciado, que desaparecía, muerto en vida. De otro lado, la madre, la enorme araña negra que lo enreda en su tela. Como dice Aulagnier: una madre araña, un padre arrebatado de las fauces de la bestia depresión, un pecho de piedra que



vuelve loco, un hijo mono y su reencarnación en un satán alado; la imagen de la mujer fatal que como único proyecto propone el destino de los robots, he ahí, para ella, la cosecha de las principales figuras identificantes.

La psicosis, como en el caso de Philippe, nos lleva a un abordaje cuidadoso, que vaya bordeando, acercándose de a pocos, reconociendo que el paciente ha reconstruido defensivamente su estructura con la locura y con los delirios. Me he referido a las verdades que pueden contener los delirios. Así lo veo también en el caso Schreber (Freud, S. (1911 [1910])). Pienso que es la imposibilidad de ser padre, de dar continuidad al apellido, lo que lo quiebra. Este quiebre ocurre cuando Schreber tiene que ocupar el rol de autoridad como el del padre. Aparece entonces el delirio que lo reconstruye: él tiene que salvar a la humanidad con la emasculación, volverse mujer y ser fecundado por los rayos divinos, y así crear una raza de hombres perfectos.

Philippe, por su parte, tiene que salvar a su familia sacrificando lo que intuye y sabe. Tiene que morir para no recordar. Su quiebre aparece cuando aparentemente se estaba dando la posibilidad de una relación y una huida del proyecto de muerte.

En otro libro, *La violencia de la interpretación* (1975-1993), Aulagnier nos habla de lo modificable y lo no modificable, relacionándolo con un fondo de memoria material que será el soporte, tela de fondo de las composiciones biográficas. Ese fondo de memoria aporta el tejido que le asegura que lo modificable y lo ya modificado de sí mismo, de su deseo, etc., en su devenir, no transformen al sujeto en un extraño. Es este fondo de memoria que no ha podido ser construido en Philippe y, en este caso, no por rechazo u odio, sino por un acto de no investimento por parte de una madre que no podía investirlo, porque ella tampoco tuvo la experiencia de haberlo sido.

Esta parecería ser una tarea del análisis con Philippe. Destaca la autora que el vínculo con Philippe se establece desde ella (una manera de investirlo), expresando su deseo de que él como sujeto tenga la palabra, que pueda hablar de eso silenciado, borrado, y que realice la experiencia de una relación de confianza.

Vemos su acompañamiento, interés, cuestionamiento de verdades y esperanza:

Mis intervenciones se orientaban sobre todo a no dejar que instalara silencio que Philippe no hubieran soportado y que me habría pesado en igual medida. Intervenciones repetitivas empeñadas en asegurarle que yo compartía su juicio la tristeza y el vacío de su vida, en darle a entender que yo seguía creyendo que una parte de su sufrimiento estaba ligada a conflictos vividos en un pasado, que juntos podíamos tratar de recuperar; que lo ocurrido no decide irrevocablemente el futuro. (p. 116)

Confía, nos dice, no en la eficacia del contenido de sus intervenciones, sino el hecho que Philippe parecía percibir y aceptar el interés que ella le mostraba *Philippe pudo comprobar de visu lo que yo había dado en formularle con todas sus letras, a saber, que mi escucha y mis intervenciones dependían de lo que él quisiera decirme.* (sic. p. 117)

Fueron dándose cambios, aparecieron los temas de las entrevistas iniciales, Philippe hablaba con más facilidad. Ya no se mostraba solo deprimido; se volvía capaz de restablecer una relación, rompiendo la certeza de que nadie podía vincularse con él.

Después de unos 5 meses de espera-resistencia, Aulagnier puede abordar su cuestión identificatoria y lo difícil de sus soluciones y posiciones extremas, para hallar una respuesta diferente que no lo llevara a la muerte.

Vemos el papel del analista en su humanidad, teniendo su contratransferencia como brújula para el conocimiento del paciente, cuestionándose, dejando entrever al paciente su real interés y escucha atenta, prestando su mente para el trabajo que se necesita hacer entre dos, bordeando verdades, bordeando y viviendo incertidumbres y desasosiegos.

Termino con sus palabras:

En la última fase de nuestras reuniones el influjo de esas dos proyecciones se había atenuado. La ausencia en mis palabras de todo juicio desvalorizador (contrariamente a lo que Philippe probablemente temía) sobre sus padres; el haber aceptado su discurso depresivo, de haberle dado el derecho a callar y sobre todo de haberle mostrado y formulado la interdependencia existente entre mi escucha y su discurso, entre su silencio y mi espera, le permitieron poner en duda el omni-poder que me atribuía, y relativizar el riesgo de comprometerse en una relación que pudiera enfrentarlo a exigencias tan inasumibles como las enunciadas por el discurso parental. (sic. p. 138)

## Referencias bibliográficas

- Aulagnier, P. (1984-2003). *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo. Del discurso identificante al discurso delirante*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- \_\_\_\_\_. (1975-1993). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
- Freud, S. (1911 [1910]). Apéndice (1912 [1911]). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente. *Obras completas*, tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu, 1988.